

Rafael Altamira. *El realismo y la literatura contemporánea en España*. Edición de Laureano Bonet, con la colaboración de Pau Miret. Alicante. Universidad de Alicante. 2016.

La aparición de este libro de más de cuatrocientas páginas -la mitad de las cuales constituye un reflexivo y modélico «Estudio introductorio» fechado en la primavera de 2014, con apoyos bibliográficos de una sólida, insólita y rica implicación, y la otra mitad el templado texto altamirano propiamente dicho, con un nutridísimo y esclarecedor acervo de notas, 755, que completa y fundamenta el primero y el segundo- viene a consumir un laborioso y detenido proceso de estudio y análisis en el que el profesor Laureano Bonet da cuenta de un diálogo crítico singular. Pocas veces editor y autor llegan a entablar tal grado de intimidad hermenéutica con éxito tal.

Sin duda, este es el fruto granado de una fascinación: la que el ambicioso ensayo de Rafael Altamira y Crevea (1866-1951) -destinado a las páginas barcelonesas de *La Ilustración Ibérica* entre el 24 de abril y el 23 de octubre de 1886, y que nunca había tenido plasmación exenta- ha ejercido desde hace varias décadas en quien ha sabido justipreciarlo como nadie, valorando su aportación al desentrañamiento de la fenomenología del realismo y transmitiendo, a través de parciales adelantos previos, algunas primicias de la obra de más largo aliento que ve la luz ahora.

Porque no se trataba, y eso ya sería mucho, solo de fijar la materialidad del ensayo, los catorce capítulos (más Conclusión y Apéndice) de meandrosa concatenación interna -de «cohesión íntima», p. 162- que hicieron gemir las prensas de la rotativa barcelonesa cuando su joven autor apenas contaba veinte años. Empresa tal no puede ser sino ardua en extremo, teniendo en cuenta lo inestable, tipográficamente, de las planas periodísticas, la selva de erratas, signos de puntuación erráticos y equívocos que, como se consigna en las «Normas de la edición» (p. 165), deturpan la lectura y la transcripción, la *lectio recta*, como dice el editor, que el receptor espera, que el propio Altamira, reacio a perpetuarla más allá de la circunstancia veinteañera, para él contingente, no quiso darle. Se trataba, en realidad, de hacer germinar aquel texto tan rico en ideas, en indagaciones críticas, en *topoi* recurrentes, en sugestivos alcances, tan preñado de menciones implícitas, de un estilo introspectivamente intelectual, hasta revelarlo en toda su virtualidad. Dar el texto y todas sus circunvoluciones, sin escatimar ninguna, sin restarle ningún latido, ninguna fuente conceptual, antes bien haciéndolo respirar y vivir, recobrar su impulso. Señalando, si hubiere ocasión, asimismo, sus puntuales desenfoques o imprecisiones, como corresponde, a la luz de todo un despliegue de compulsas de textos en espejo,

verdadera labor detectivesca que el Dr. Bonet asienta en sus más exigentes términos, dando al César lo que es del César. Bien es verdad que hace falta un dominio oceánico de todas las latitudes de la literatura del ochocientos para acometer esa empresa titanésca. Tras ciento treinta años, el ensayo de Altamira ha encontrado a su editor e intérprete ideal.

El realismo y la literatura contemporánea, vale decir, en palabras de su autor, no es otra cosa que «un ensayo analítico del estado y tendencias de nuestra literatura contemporánea» (p. 184), que palpitan en cada surco en aras de ir sentando criterio «desde el sereno punto de vista de los altos principios» (p. 175) en una serie de asedios teóricos y didácticos en torno a un concepto harto complejo y escurridizo, acaso irreductible si no es en su forma plural. Partidario de una crítica que Leopoldo Alas saludó esperanzado como científica, Altamira desgrana en su ensayo los más controvertidos aspectos de una estética que prefiere comprender, diseccionar, antes de juzgar. Estudiante de Derecho cuando lo redacta, en 1885 sobre todo, es el mismo joven que mira desde el óleo que Sorolla pintó a una edad también parecida, el que observa con reconcentrado interés los fenómenos literarios, autor él mismo de algunas tentativas de esa índole que le facultan para conocer el medio por dentro. Las guías del bigote del retrato confieren cierta audacia a su figura, pero es su mirada inteligente y serena, reflejo de su «hondura espiritual y sobriedad ética» (Bonet, p. 11), lo que cataliza icónicamente esa prestancia en 1886. Es este un año, el de la publicación de *El realismo y la literatura contemporánea*, precisamente, que antecede a su doctorado madrileño bajo la tutela de Giner de los Ríos (1887, cuyo legado se precia de retener) y que antecede aún más al logro de la cátedra ovetense (1897). Pero ya es un tiempo bien aquilatado, en el que se arraigan experiencias indelebles como «devorador de libros», su «sed enciclopédica de lecturas», y todo «lo que en estos momentos me estremece el cerebro y me calienta el corazón», como recordará al escribir sobre su condiscípulo Blasco Ibáñez en *La Nación*. En efecto, años más tarde, en 1928, evocará aquel primer tránsito a la madurez como algo ineludible desde sus quince años y medio en que ingresa en las aulas universitarias valencianas. Dueño de esos estados de plena vida interna, emprende procesos de razonamiento y conjuga sus funciones intelectivas con una sentimentalidad cada vez más soterrada, más aplacada. Su juventud legista se acompasa con sus primeras novelas y sus primeros folletones de crítica literaria en revistas escolares y en *El Universo*, al calor de una formación «basada en proporción casi igual, sobre lecturas castellanas y francesas». Aquellas mocedades son las que ven aflorar un rasgo esencial de su predisposición al ensayo: «la característica digresiva de un espíritu a quien interesa todo, y cada vez más ganado por el

atractivo de las luchas ásperas a que conduce la preferente preocupación de la verdad, la cultura y la justicia en sus proyecciones prácticas más batalladoras». Esto escribe en febrero de 1928, desde una edad que preserva el fervor de «la vacilante aurora de hace cuarenta años, llena de interrogantes y de misterios».

Es ese fervor, vertido en las delicadas páginas de un ensayo dado en hojas volanderas, el que autor y editor nos dan, en el presente volumen, en su estallido primigenio y en su sedimento moderno, respectivamente. Y, aunque sabíamos que ese haz y ese envés se armonizaban y amalgamaban, en un «suave oleaje de conceptos y desarrollos textuales» (p. 9, 1n), no teníamos la prueba definitiva que nos da actualmente esta obra extraordinaria. Lector, discípulo, ávido espectador e historiador y pedagogo de «la marcha tranquila del realismo», Altamira persistió en enraizar su ensayo en una década que es también la del auge del realismo-naturalismo en nuestro país. Y la que ve nacer *La cuestión palpitante*, documento forjado también en las premuras del palenque periodístico y ratificado en su salida libresca que no conoció hasta la fecha el de Altamira, imbricado inter o, más bien, hipotextualmente en este, como sutilmente sugiere L. Bonet, y tal vez desencadenante de que el joven alicantino eche su cuarto a espadas, con pertrechos y bagajes tomados de Clarín («Lo que no es el realismo») y Menéndez Pelayo, como queda ampliamente demostrado (*vid.* p. 29, *v. gr.*), entre otras muy afianzadas lecturas de autores de muy varia procedencia. Tributario de Lemaître, en particular, pero también de otros críticos como Paulhan, Altamira pretende conferir método a su explicación en pro de un realismo no tanto naturalista como humanista, en la expresión de Blanco Asenjo.

El magno «Estudio introductorio» se desglosa en catorce interesantísimos apartados portadores de densos epígrafes (que tal vez convendría numerar para facilitar la remisión a ellos) a los que se extrae una rentabilidad exegética harto inusitada, encaminada a construir «una ciencia estética» en Altamira. No es habitual, en efecto, que el editor y/o exhumador, tantas veces mero transcriptor y no siempre cuidadoso, se apreste a internarse, con meticulosa pesquisa, en todos y cada uno de los predicados y asertos que, asociados aquí a un epónimo concepto gravitacional, lejos también de ser emitidos a humo de pajas, se sustentan en meditadas formulaciones del realismo-naturalismo. El ensayo evidencia lo que Sorolla supo ver en el temprano retrato del futuro americanista, que nos hallamos ante un joven precozmente sabio y dueño de un modo de mirar -como sabe bien M^a de los Ángeles Ayala, que así antetitula, con Ferri Coll y Valero Juan, una compilación de estudios sobre su conterráneo-. El progreso del «Estudio» se va constatando en la secuencia «Infancia, adolescencia, juventud: la literatura como tentación»,

que nos hace recordar un testimonio altamirano ulterior: «No niego que aún la añoro en este final de mi vida», escribirá en 1928, lejos todavía de su muerte, ocurrida en México en 1951. Muchas disquisiciones adquieren rango probatorio e instauran los puntos medulares, literarios, históricos, filosóficos y hasta lingüísticos, amén de los accidentales, del realismo: el discernimiento de los anclajes románticos -la «levadura romántica», según Altamira, o el «dégamo romántico», según Bonet, del naturalismo zoliano, la noción de *temperamento* (la «turquesa» de la personalidad que Pardo Bazán supo ver con tino, como estudié en 1998), la clarividente recepción de Hawthorne, la percepción olímpica del sistema literario de la Restauración, las estrategias narrativas del autor de *Los Rougon-Macquart*, el reconocimiento -por la vía menendezpelayina- de Berguizas, Estala y Arteaga, la transgresión de la lengua tradicional que el naturalismo inaugura -y que aún deplora como «poco macerada» (p. 78), escasamente atenuada, debido al repliegue casticista, al sempiterno retoricismo-, la postulación de un equilibrio entre la realidad y la imaginación, el parentesco de lo bello y lo feo... Epígrafes, en suma, que expresan la excelencia del ensayo del autor de *Reposo*, tan superior al predominante, ignaro, interesado y alicorto juicio que el naturalismo francés suscitó en su país, con la excepción de los estudios de Alas y Pardo Bazán, con los que no obstante no siempre coincide, cuyos dictámenes no siempre suscribe. De hecho, el ensayo parece brotar, en gran medida, de la necesidad que se le impone de matizar las aportaciones pardobazanianas de un modo muy particular aunque no exento de cierta ambigüedad en ocasiones. Así, siguiendo la lectura de Jerónimo Vida en su reseña de *La Tribuna*, incide Altamira con cierta saña en la superficialidad colorista de la novela y, consiguientemente, a su juicio, en el déficit de psicología, asunto este discutible, ya que le atribuye más pintura que dibujo (*vid.* p. 120, «Se acabó la caja de pinturas»), sin dejar de abrigar un eclecticismo o un gradualismo (p. 139; que le recrimina a ella, sin embargo en p. 238) y un *ethos* científico, ajeno a cualquier lectura subjetiva del texto, me atrevo a añadir, apreciaciones todas que no distarían de las transacciones de *La cuestión palpitante*. De esta escribe que «Entre todos los estudios publicados sobre tan batallona cuestión es uno de los mejorcitos el de la elegante escritora doña Emilia Pardo Bazán» (p. 237), obra cuyas huellas presentes en *El realismo y la literatura contemporánea*, más concomitantes que de otro signo, pese a las protestas de Altamira, Bonet sabe anotar con sagacidad. Se conserva una carta de la autora al profesor levantino, fechada en abril de 1898, a quien se dirige como «Mi apreciado amigo Altamira», tratamiento que denota una relación cortés y respetuosa. No olvidemos, por otro lado, que Giner, que tanta impronta dejó en Altamira, fue mentor de Emilia Pardo Bazán, quien reivindicó lo efectivo de

su magisterio. El único, si exceptuamos el de su querido padre, en el haber de la autora de *De mi tierra* -obra que, por cierto, enalteció Altamira con entusiasmo, como apuntó Ayala Aracil en 2009, en su rastreo de los comentarios que la obra de la gallega, «la distinguida escritora» (p. 189) mereció al alicantino-.

Es ostensible, desde luego, la pulcritud de esta edición a cargo de Laureano Bonet, con la colaboración de Pau Miret, tan bellamente materializada en la ciudad natal de Altamira y bajo los auspicios de su universidad, centro de investigaciones altamiranas que tiene en la profesora M^a de los Ángeles Ayala Aracil y su equipo su principal eje. Dado el acarreo de fuentes y el trasiego de notas y referencias, verdaderamente caudaloso y feraz, siempre pertinente y sugestivo, impresiona la capacidad de esta edición de detectar alusiones, muchas veces mínimas y hasta subrepticias, de establecer asociaciones y planteamientos explicativos, cuando no de confesar bien exiguas imposibilidades aclaratorias. Algunas muy leves erratas apenas asoman en pp. 17, 23, 29, 43, 45, 50, 58, 59, 61, 68, 69, 72, 74, 75, 86, 89, 99, 100, 111, 119, 123, 126, 128, 129, 136, 140, 142, 143, 150, 154, 165, 167, 179, 182,185,201, 203, 206,209, 211, 212, , 215, 218, 221, 225, 227, 230, 234, 235, 243, 245, 247,251, 255, 256, 261, 263, 285, 292, 293,303, 310, 319, 324, 333, 338, 341, 342, 350, 356, 358, 365, 367, 370, 371, 374, 376, 408, 414. Notamos que la referencia abreviada del título del ensayo de Altamira no siempre se grafía en el orden debido: *RLC*; los títulos anglosajones, alguna tilde en nombres franceses, alguna coma, tienen a veces acomodo fluctuante. En p. 228, la perífrasis verbal «ha de amar», podría ser sustituida, creemos, por «ha de aunar», en pro de una lectura que se nos antoja más ajustada. Algunas notas léxicas, así las numeradas como 578, 598, 653, 721, 724 y 729, podrían ser prescindibles. Por otro lado, la identificación de «Lewis» en nota 612 como «Probablemente Lewis Carroll» no semeja convincente, y sí podría postularse, en cambio, que se tratase de Matthew Gregory Lewis, el autor de *The Monk*, en ese contexto de la mención.

Cuando, con motivo de su fallecimiento en 1915, Altamira dedica un opúsculo a *Giner de los Ríos, educador*, que edita Prometeo en Valencia, pondera cuánto amaba al maestro y cómo creía «haber sido fiel a lo substancial de su doctrina», la de «uno de esos hombres extraordinarios en quienes, de tiempo en tiempo, condensa la humanidad los más puros y admirables triunfos de su ascensión penosa hacia la bondad, el desinterés y el culto de lo verdadero». Ese objeto intelectual y social, individual a un tiempo, rige su indagación: «Lo importante para don Francisco, como para todos los moralistas, era la conducta», «el saber es en ella la luz que alumbra el camino y permite orientar sin error, o con menos error, el hacer, tanto en la esfera individual como en la social [...]. Lo que principalmente le preocupaba en el orden del saber a don

Francisco era el más santo respeto a la verdad y a las ideas, y el uso que de la fuerza intelectual se hiciese en la vida; y eso era también ética, honradez, la honradez del científico que va desde la prudente reserva en la investigación y en las afirmaciones a que ella conduce, hasta el respeto a toda conclusión ajena seriamente formulada y a toda rectificación que la realidad traiga a nuestras más queridas convicciones, a nuestros más halagadores prejuicios» (1915: p. 12).

Hacer volver y valer aquel talante refinado, cosmopolita, republicano, de Altamira, la función social de su crítica literaria, en tiempos como los nuestros, es, además de un regalo generoso que Laureano Bonet y su colaborador Pau Miret nos brindan, un admirable y soberbio ejemplo de trabajo intelectual de la mejor estirpe, la que entronca a Altamira con Giner, la que mejor nos restituye su labor como una tarea ética irrevocable.

CRISTINA PATIÑO EIRÍN
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA